



STRAKA, Tomás (2009)
La épica del desencanto
 Caracas: Editorial Alfa, 254 p.

Mucha agua ha caído sobre el molino desde la primera edición del *Culto a Bolívar* en 1970. Para entonces un joven historiador tuvo la osadía de cuestionar el misticismo adulante y manipulador que se ocultaba en la trastienda del altar de la patria. Su gesto, entre irreverente y acucioso, levantó la más controvertida de las polémicas que el mundo académico venezolano pudo jamás atemperar. No obstante, la senda había quedado abierta y pese a los infructuosos intentos por bloquear su recorrido, otros arriesgados escritores no dudaron en seguir la huella del maestro.

Ocho lustros después, otro contexto, otras circunstancias pero idénticos o tal vez exacerbados procederes, movieron la inquieta lumbrera de un vivaz investigador que ha hecho del estudio de las mentalidades, entre otras lides intelectuales, su laboratorio de conocimiento.

Tomás Straka vuelve a deleitar a sus cautivos lectores con una nueva obra que dice tanto de su maratónica manera de escribir como de su bien cuidada prosa. Esta vez se inmiscuye en un debate que pareciera tener visos de monólogo dominical, pero que concita el interés cotidiano de propios y extraños.

La épica del desencanto, editado por Alfa, no es un panegírico complaciente ni mucho menos un ensayo de criticismo curtido en la ponzoña. Muy por el contrario, es el resultado fiel de una postura coherente, ecuánime y cargada de argumentación histórica. Dos circunstancias, precisa el autor, concitaron el acompañamiento de la musa Clío durante la confección de la obra: “la explosión del bolivarianismo” y la “rebelión de los historiadores”.

A la primera, Straka dedica el plomo grueso de su pluma a develar la extraña “connivencia de dos formas de bolivarianismo” inmerso en el seno de una revolución homónima. Sabe bien el autor el terreno movedizo por el que transita quien se atreve a discurrir un análisis histórico objetivamente definido y la tentación de tomar partido ante un fenómeno político que suscita encuentros y desencuentros.

Con la soltura que lo caracteriza, Straka anida en un hecho claro: la historia y la política van tomadas de la mano y la visión que una y otra pretenden abrogarse mutuamente perfilan los derroteros de cualquier proyecto político. En el caso específico de la llamada *Revolución Bolivariana*, hecha poder en Venezuela desde 1999, el autor precisa que los cimientos ideológicos de ésta tienen su asidero en la historiografía marxista, entre cuyas tareas estuvo deshilvanar al “Bolívar de derecha”, abocetado magistralmente por Laureano Vallenilla Lanz en su *Cesarismo democrático*, que inclusive llegó a ser adoptado por Mussolini como precursor del fascismo.

Ante ese Bolívar autócrata y partidario de conservar el orden social heredado de la Colonia, es presentada una nueva esfinge que concibe a Bolívar como un revolucionario, cuya radiografía marxista lo exhibe como el instrumento de las fuerzas de desarrollo de la historia para liberar a los pueblos del yugo imperialista. Lo llamativo de esta fascinante elucubración elaborada por los teóricos marxistas es que Marx luce ausente. Y esa ausencia deviene en contradicción si un lector desprevenido se pasea por la semblanza escrita por el filósofo alemán acerca de Bolívar en 1858 y traducida por vez primera al castellano en 1936.

¿No será que a Bolívar lo han falsificado una y mil veces? ¿Acaso el recurrente uso y abuso de citas entrecortadas no ha dado pie a distorsiones aberrantes que han pretendido legitimar regímenes autoritarios, ya sean éstos de derecha o de izquierda? En todo caso, para Straka resulta más que claro ver a Bolívar como

un revolucionario, sí, pero un revolucionario de su tiempo, enmarcado dentro de las “revoluciones liberales y burguesas de su época”.

El historiador no se va por las ramas al momento de asomar interrogantes nada ingenuas cuando, por ejemplo, pregunta al lector si el militarismo y el personalismo son químicamente contrarios a las ideas de izquierda. Nosotros nos preguntamos a nuestra vez, ¿cuál hubiese sido la respuesta en medio de un acalorado debate entre comandantes guerrilleros reunidos en algún paraje del Occidente venezolano en los utópicos años sesenta?

A lo largo de sus reflexiones, el autor muestra una madurez irreverente al colocarse por encima de su inicial formación universitaria y de la camarería entrañable, al cuestionar a uno de los íconos de la historiografía marxista en Venezuela, Federico Brito Figueroa, señalando el anacronismo congénito que subyace en sus análisis al equiparar la gesta independentista de principios del decimonono con las luchas de liberación nacional de mediados del siglo xx. E incluso asoma los excesos del historiador militante, cuando éste ata la lucha de clases con el trágico destino de Ezequiel Zamora, considerándolo póstumamente un adalid del socialismo agrarista.

Líneas más adelante, pulsa quirúrgicamente la tesis bolivariana de quienes comulgan el ideario epopéyico con una sobredosis de socialismo romántico. La *Ideología de reemplazo*, definida por Carrera Damas como el amasijo de planteamientos ideológico-políticos aderezados con una rimbombante retórica, es apreciada por Straka como el intento de echar mano a los añejados episodios de la historia patria para grabar en el molde de la fragua las lecciones que harían posible construir el socialismo del futuro.

Por otro lado, cuando el autor se refiere a la “rebelión” de connotados historiadores de oficio, no lo hace para avivar el fuego de la polémica, sino para dar cuenta de un cansancio generalizado en torno a una *patología* que al fin de cuentas nos sujeta al pasado e impide mirar con nuevos lentes el futuro.

No se trata de una simple nota de protesta de unos académicos opositores a ultranza, sino de la convicción que da el manejo de una perspectiva histórica asentada en el criterio científico. En definitiva, lo que plantean estas figuras intelectuales es la

denuncia a un culto que actúa más como “dispositivo ideológico” que como factor aglutinante de todos los venezolanos para darle unicidad al Estado-nación.

Para Straka, éste es un hecho inédito en la vida institucional del país, pero al mismo tiempo, la manifestación más fehaciente de lo que denomina “revolución historiográfica”, que contribuyó decisivamente a la profesionalización del oficio de historiador a mediados del siglo xx. Suena paradójico que desde el recinto encargado de velar por la correcta preservación del patrimonio histórico nacional, en el que el Libertador y padre de la patria ocupa la primacía absoluta, salgan a relucir las críticas más certeras al *bolivarianismo* ahora convertido en mampara de un proyecto ideológico-político que califica de traidores a quienes no comulguen con sus *beatíficos* dictámenes.

Pero es que, precisamente, estos historiadores representan de una u otra forma una disciplina que se había hecho más comprensiva y explicativa, no sujeta a los clarines de la narración romántica y la mera acumulación de datos sin previo procesamiento. Partiendo de este conocimiento de la realidad, los historiadores reseñados por Straka, léase Elías Pino Iturrieta, Germán Carrera Damas, Guillermo Morón y Manuel Caballero, decidieron cada uno por su lado hacer frente a una “filosofía de Estado” que en el fondo encierra “un pensamiento antidemocrático y militarista” que usa como mascarón de proa “la figura del Libertador para sus fines”.

De seguida, los restantes capítulos del libro no tienen desperdicio alguno. La obra cumbre de don Eduardo Blanco, *Venezuela heroica*, es analizada con meticolosa acuosidad. Sobre ésta, Straka la refiere como un “libro épico” que cumplió una doble función: catapultar a un hombre nacido después de la magna gesta hasta las glorias de los libertadores y servir de texto casi sagrado para el enaltecimiento del culto patrio.

Igualmente, aborda la contribución iconográfica de Tito Salas en la definición de una imagen idealizadora presta a la veneración oficial que necesitaba representar simbólicamente a la patria. No menos importantes son las indagaciones del autor en cuanto al aporte de general López Contreras como inoculador por excelencia de un ferviente designio republicano en las filas del Ejército Nacional, para hacer de la patria un coto exclusivo de su misión edificadora. Las últimas páginas están dedicadas a estudiar las circunstancias especiales que llevaron a inscribir el nombre del Libertador dentro de la historiografía eclesiástica venezolana.

En fin, cerramos esta apretada reseña trayendo a colación la argumentación inicial del autor para invitar a leer esta obra: “...estudiar el historicismo bolivariano, adentrarnos en algunos de los caminos y fases que se nos insinúan, es estudiar algo que en Venezuela va bastante más allá de lo ideológico, lo político e incluso lo historiográfico”.

José Alberto Olivar